

# Carta de Gala al padre de Augusto Assía

Victoria Armesto

**S**egún me dijo Juan Naya, en la Real Academia Gallega, debió ser en el año 1894 cuando Gala escribió la tierna carta que reproducimos.

La carta, cuya ortografía y puntuación ha sido respetada, era prueba del tierno sentimiento amoroso existente entre la tercera de las hijas de Rosalía Castro y Manuel Murguía y un estudiante de La Mezquita llamado Fermín Fernández. Nacida en las Torres de Lestrove, Padrón, en 1871 Gala cumplía aquel año los 23. Fermín era algo más joven, tenía 22 y estudiaba el último curso de Farmacia. Ambos jóvenes se habían conocido en Santiago actuando, como mediador, Ovidio que era de la misma panda de Fermín. A Ovidio hace referencia Gala y, conociendo a su gemelo, prevé a través de la carta que pudiera plantearle algún conflicto a su enamorado.

En 1894 don Manuel Murguía fue destinado, desde Santiago, al Archivo de Hacienda de La Coruña. Durante un corto período, el patriarca de las letras gallegas vivió bajo el temor de que, víctima de una represalia política, pudiera haber sido destinado a Gerona. Afortunadamente aquel peligro se conjuró y el viudo de Rosalía de Castro se trasladó a La Coruña en compañía de sus cuatro hijas a las cuales se les había impuesto, por distintas razones, los altivos y románticos nombres propios del exquisito espíritu rosaliano: Alejandra, Aura, Gala y Amara. Ovidio, a juzgar por la carta debió quedar en Santiago bajo pretexto de estudios.

La familia Murguía vivía en reducidas circunstancias, disimuladas por la hidalguía, habiendo alquilado el piso segundo de la casa número 6 de la calle de Panaderas.

La carta de Gala a Fermín, además de revelar un tierno sentimiento amoroso y un temor de no ser éste correspondido por el estudiante, muestra un deseo de guardarle **ausencias** a fin de mantener intacta la propia esencia de su emoción.

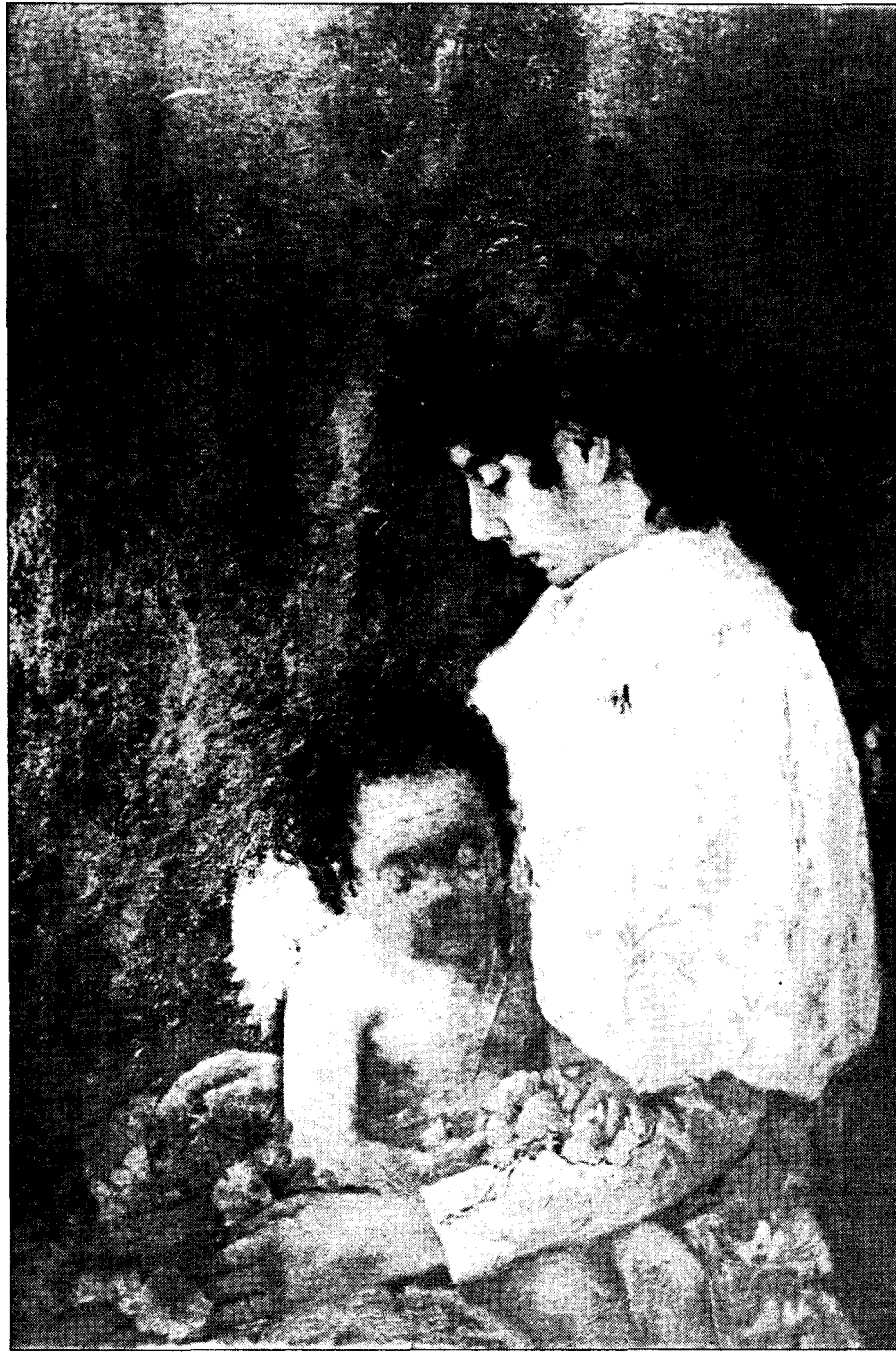
Le explica, que ha salido en compañía de su padre y hermanas para darse un paseo por las afueras de Coruña, y estado en una huerta, después de lo cual Murguía pretendía, ya al anochecer, llevar a sus hijas al paseo de la Calle Real pero Gala se había negado y las hermanas, Aura y Amara, tampoco mostraron el menor interés.

Al parecer Fermín también se ha retraído del alterne en el **paseo** compostelano pero Gala piensa que, como él es hombre, si le da por retirarse y andar por los **vericuetos** sus amigos le van a tomar por extravagante.

La joven acepta, pues, el imperativo de una doble moral, el retiro para la enamorada, la compañía para el muchacho.

Gala y Fermín se intercambiaron fotografías y, a lo largo de su amistad amorosa, así como tras el traslado de Gala a La Coruña, una serie de cartas de las cuales, hasta la hora presente, sólo ha aparecido ésta en el laberinto de la vieja casona de La Mezquita donde se custodian también otros secretos de los tiempos idos.

Gala y Fermín se intercambiaron fotografías y, a lo largo de su amistad amorosa así como tras el traslado



Gala, por Ovidio Murguía Castro, en un cuadro de la colección Juan Naya

de Gala a La Coruña, una serie de cartas de las cuales, hasta la hora presente, sólo ha aparecido ésta en el laberinto de la vieja casona de La Mezquita donde se custodian también otros secretos de los tiempos idos.

\* \* \*

Gala, en esta carta, menciona a sus hermanas Aura y Amara, pero no hace referencia a la mayor, Alejandra que posiblemente, en tanto su padre y hermanas salían a pasear, permanecía en casa atendiendo la dirección de las labores en aquel modesto hogar.

La hija mayor de Rosalía, que le llevaba diez años a la segunda, Aura y doce a Gala, sacrificó su propia vida para servir de **madre** a sus hermanas menores.

Rosalía de Castro y Manuel Murguía se casaron en la Iglesia de San Ildefonso de Madrid el 10 de octubre de 1858. Murguía tenía al casarse 25 años, Rosalía 21.

Afines en lo espiritual y complementarios en lo cultural, la pareja era un poco desproporcionada en el aspecto físico, siendo Rosalía una mujer alta y ampulosa y Murguía muy bajito, de una estatura sensiblemente inferior a lo normal.

Como primer fruto del matrimonio nace en Santiago, el 12 de mayo de 1859, Alejandra. Transcurren luego

casi diez años antes de que venga al mundo Aura, también en Santiago, 7 de diciembre de 1868, a continuación vienen los gemelos Ovidio y Gala en Lestrove y en el ya citado 1871, Amara Honorata María del Carmen en La Coruña, en 1873 y un niño, Adriano, que murió en la infancia.

El largo período que media entre el temprano nacimiento de Alejandra (nueve meses después de la boda de sus padres) y el del resto de sus hermanas ha servido a don Salvador de Madariaga para elaborar una teoría, ciertamente aventurada, que parte de un imposible amor entre Rosalía y el desventurado poeta Aurelio Aguirre cuya ausencia asumiría con generosidad el amigo de ambos Manuel Murguía.

Ciertamente la vida de la gran cantora del Sar está todavía hoy envuelta en el misterio y no sólo son nebulosas sus relaciones con Aguirre sino también aquellas imaginadas en torno al interesante periodista coruñés Alfredo Vicenti que, según una cierta tradición oral por mí recogida, pudo ser el inspirador de la «Negra Sombra».

Más que una hija Alejandra fue una compañera para Rosalía. Ya lo expresó, poéticamente, Manuel Murguía:

*Eran como dos hermanas  
apenas cuatro lustros separaban su  
nacimiento*

*siempre unidas, como la camisa al  
cuerpo;  
siempre contentas, lo mismo en la  
felicidad que en la desdicha;  
igual que dos manos, que una  
ayuda a otra...*

La frase «siempre contentas» intercalada por Murguía parece disipar la tradición oscurantista y melancólica vinculada a la cantora del Sar. Otro tanto pude recoger ya de mis conversaciones con Gala a quien visité muy frecuentemente en su casa, piso primero de la calle de San Agustín número 14, frente al Camarín de los Dolores.

Entre las cosas que, respecto al pasado, me confió Gala figura en primer término que era falsa la imagen de una Rosalía llorosa y plañidera. Ella recordaba a su madre como una mujer muy alegre a la que le encantaba tocar la guitarra y cantar.

Se acordaba del día de su muerte, 15 de julio de 1885, y este recuerdo estaba asociado a un fuerte olor a heliotropo.

Los heliotropos eran, con los pensamientos, las flores predilectas de Rosalía, por ello su cuerpo yacente fue rodeado por unas plantas que esparcían tan intenso olor que Gala —así me lo dijo— aún creía percibirlo cuando lo evocaba.

Antes de fallecer de cáncer a los 48 años, Rosalía le pidió a su hija Alejandra que, tras su muerte, quemara todos sus manuscritos ya preparados para la posible publicación.

Por desgracia la joven, que tenía a la sazón 26 años, cumplió el mandato de la moribunda y entregó a las llamas el más preciado legado cultural del pueblo gallego, perecieron un libro de proverbios «Romana», un cuento extraño y fantástico del corte del «Caballero de las botas azules» y, lo peor de todo, una biografía del abuelo de Rosalía amén de bastantes poemas.

Seis años después del fallecimiento de Rosalía en su hermosa casa de La Matanza de Padrón, sus restos fueron inhumados y del cementerio de Adina trasladados a la iglesia de Santo Domingo en Santiago. Se descubrió entonces que el cuerpo de la poetisa se mantenía incorrupto, intactos sus vestidos y frescos, como si acabaran de cortarse, los pensamientos que florecían en su pecho. Estudiantes con hachones custodiaron la entrada del féretro en Santo Domingo. Uno de estos estudiantes era Alfredo Brañas.

\* \* \*

Alejandra tenía un pretendiente marqués, Joaquín Arias Sanjurjo pero, tras morir su madre, por devoción filial y fraternal, la muchacha renunció a casarse. Desesperado, el marqués de Casa Pardiñas, quien culpaba a Murguía por la dramática decisión, no se casó, a su vez, nunca y soltero falleció en Santiago el año 1946.

Alejandra, por las mismas razones, frustró asimismo su vocación artística. Era una gran dibujante y fue, con el vigués Serafín Avendaño, la maestra de su hermano Ovidio cuya excelencia pictórica, truncada por su temprana muerte, es hoy reconocida en toda Galicia.

Le fue ofrecida a Alejandra una plaza como restauradora en el Museo de El Prado, que no aceptó por no abandonar a su padre y hermanos.